

UNA ISLA

Un viaje por las
grietas del reino
desunido

A LA DERIVA

Ana Carbajosa

PENÍNSULA

Una isla a la deriva

Un viaje por las grietas del reino desunido

Ana Carbajosa

© Ana Carbajosa Vicente, 2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: febrero de 2024

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2024
Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Depósito legal: B. 1.070-2024
ISBN: 978-84-1100-231-8

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Prólogo: El reino desunido	11
1. La poción mágica de Eton	29
2. Más allá de Londres. El muro rojo	123
3. La caja de los truenos de las naciones	197
Epílogo. La identidad perdida y la cuestión inglesa	251
Agradecimientos	261
Notas	265
Bibliografía recomendada	285
Índice onomástico	289

La poción mágica de Eton

NIÑOS CON FRAC NACIDOS PARA TRIUNFAR

«Pum, pum, pum.» El joven presidente de la Oxford Union golpea con fuerza con el martillo de madera maciza la mesa, que está lista para un gran banquete a la luz de las velas. La sala es imponente, con techos altos y una inmensa mesa corrida con mantel blanco y cubiertos que relucen a la luz de las velas. Al oír los martillazos, los estudiantes se ponen de pie. Ellos, vestidos con esmoquin; ellas, con traje largo de noche. Alzan la copa de vino y gritan al unísono: «¡Por el rey!». El joven presidente de la Union, la legendaria sociedad de debate universitaria, en la que ha entrenado su oratoria buena parte de la clase política británica, habla con una soltura y una seguridad pasmosas. Se permite incluso hacer algún chascarrillo que los comensales agradecen con una carcajada. También los pocos adultos invitados ríen, sentados a ambos lados del presidente, en la mesa corrida. Hoy, el debate versa sobre Escocia y ha venido el exjefe de Gobierno escocés, Alex Salmond. Cuando termine la cena, los políticos cruzarán el jardín y se dirigirán a un

edificio, que es una réplica de la Cámara de los Comunes, donde debatirán con los jóvenes sobre si Escocia debe ser o no independiente. Lo harán con la formalidad y la pompa propias del Parlamento, con las mismas expresiones, la misma manera de dirigirse los unos a los otros y hasta la misma forma de votar al terminar el debate. El formato y el funcionamiento es calcado al del Parlamento en Westminster, solo que aquí casi todo es de mentira. Así, cada jueves.

El edificio de la Union es majestuoso y cumple su propósito. Hace que los jóvenes estudiantes que por allí se mueven se sientan parte de algo importante, de un pedazo de historia; del engranaje del poder. Porque en realidad aquí se están gestando futuros líderes. Aquí se entrena la capacidad de argumentar por encima de las ideas, y aquí se aprende a ser ameno, a encajar los golpes dialécticos sin hacer aspavientos y a hacer campaña. Se pierde el miedo escénico y se inculca la sensación de que llegar a la cima, o al menos al Parlamento, es posible. En definitiva, aquí se produce y se ensaya la profesionalización de la política desde edad bien temprana. El exministro de Asuntos Exteriores polaco, Radek Sikorski, que pasó por aquí, ha explicado que en la Union se aprende mucha política. En la Union aprendes a tejer alianzas y a trabajar en un equipo estrecho de veinte personas. Has de tener claro que te va la marcha de la política, porque en realidad los chicos de la Union tienen cierto estigma a ojos del resto de los estudiantes, debido a que se pasan el día cazando votos por el campus, haciendo campaña. Perder la vergüenza forma parte del plan.

Los invitados a la cena a la que asistí son los jóvenes miembros de la Ejecutiva de la Union. Los ordena una jerarquía que oscila entre el vaticanismo más alambicado y el Frente Popular de Judea de *La vida de Brian*. La Union opera de acuerdo a doscientas cincuenta páginas de reglas y procedimientos que rigen la vida de esta institución en la que los universitarios juegan a ser mayores. Los miembros recién llegados son los encargados de colocar físicamente los bancos de la sala de debate, y van escalando poco a poco y asumiendo tareas cada vez más complejas a golpe de elección. Los comicios de la Union suponen todo un acontecimiento en la vida universitaria y son también determinantes para la vida política real, la de «los mayores».¹ El último escalafón, el más importante, es la elección del presidente. Benazir Bhutto, William Hague o Boris Johnson han sido presidentes de la Union.

La noche que compartí mesa y mantel con las jóvenes promesas, me tocó sentarme enfrente de Matthew Dick, el jovencito que había ganado las últimas elecciones y que presidiría el club de debate el siguiente trimestre. Iba vestido de pingüino, con gafas redondas de concha, un flequillo largo y sedoso de medio lado y desplegaba una sonrisa encantadora. Tenía esa manera de estar en el mundo tan natural, la de quienes están cómodos en su propia piel. A lo largo de mi carrera como periodista he entrevistado a cientos, probablemente a miles de personas, pero creo que nunca me he topado con un tipo tan joven y a la vez tan resuelto y locuaz. Pensé que, si a este chico mañana le invitabas a debatir a un programa en la televisión, lo haría genial, como si llevara haciéndolo toda su vida.

El presidente decide quiénes son los ponentes de los debates. Es un puesto de mucho poder, en el que se establecen contactos con el mundo real, que luego te resultarán muy valiosos el resto de tu vida política. Antes del debate, cenas con los *speakers* y después sales de copas con ellos. En parte por eso las campañas por la presidencia de la sociedad de debate son tan intestinas. Las elecciones para la presidencia de la Union son, además, una escuela que permite a los jóvenes testar su atractivo electoral, poner a prueba su carisma. Son elecciones todavía hoy muy importantes, y, si no, que se lo pregunten a Boris Johnson, que solo lo logró a la segunda y que invirtió en ello una ingente cantidad de tiempo y energía. Para su segunda campaña encargó incluso un sondeo en la universidad a Frank Luntz, quien más adelante se convertiría en asesor de cabecera de los republicanos estadounidenses.

La experiencia de aquella noche en la Union me impactó. ¿En qué planeta habían crecido estos futuros líderes, estos pequeños hombrecitos?, ¿cómo se fabrican estas criaturas tan articuladas, tan seguras de sí mismas? Parte de la respuesta la encontré en el pequeño pueblo-internado en el que había estudiado Dick, el presidente de la Union de aquel semestre. Está pegado al castillo de Windsor, a una hora en coche de Londres y su nombre lo conocen todos los británicos: Eton.

Eton es el epicentro del *establishment* británico. Es la escuela cuyas aulas han dado al Reino Unido veintidós primeros ministros, una cifra más alta que la de cualquier otra escuela de élite. En total, uno de cada tres primeros ministros ha estudiado allí. Le sigue Harrow, con seis

jefes de Gobierno, y después Westminster, con cinco. Los que durante décadas han estudiado en estas escuelas son los hijos del Imperio, el que gobernó una cuarta parte del mundo a través de funcionarios y políticos que habían compartido estos pupitres. Winston Churchill estudió en Harrow y Arthur Balfour en Eton.² Eton es además el símbolo por excelencia del poder y de la desigualdad que se fragua el día que los británicos llegan al mundo, se refuerza en las aulas y se perpetúa años después, apoyada en la telaraña de contactos que comienza ya a tejerse en el internado. Decidí arrancar mi periplo por el corazón del poder británico por lo que representa, pero Eton es solo un ejemplo, aunque tal vez sea el más extremo, de hasta qué punto las escuelas y las universidades de élite son en el Reino Unido la cantera de quienes después moverán los hilos de la política y la economía del país.

El día que visité Eton, por sus callejuelas paseaban con asombrosa naturalidad jóvenes apuestos y bien alimentados vestidos con frac, chaleco negro y pajarita blanca un día de diario cualquiera. No iban de fiesta; se visten así para ir a clase. Era un día lectivo y caminaban de una clase a otra, de un edificio de ladrillo rojo al siguiente. Iban con las manos en los bolsillos del pantalón gris, la media melena al viento y un caminar enérgico y confiado que los delataba. Caminaban dispuestos a comerse un mundo en el que ocupan un lugar privilegiado desde la cuna, conscientes de que han nacido para gobernar.

El espectacular uniforme de Eton data de 1851 y en el pueblo, muy aseado, las tiendas ofrecen trajes a medi-

da para los jóvenes. En la sastrería Welsh & Jefferies, los anuncian en paneles de madera pintados de verde oscuro. Venden fracs, chalecos y también uniformes para algunos de los exclusivos deportes que se practican en los verdísimos prados de Eton. Hay también un *pub*, The Henry VI, en honor al rey que fundó la institución en 1440, y restaurantes coquetos en los que los padres invitan a los alumnos internos a cenar cuando vienen a visitarlos. Al pueblo se accede por un puente sobre el río Támesis, que separa Eton de Windsor, donde se encuentra la residencia de la familia real británica. No hay vallas ni rejas que delimiten el colegio con el resto del pueblo. No hacen falta, porque aquí las fronteras son mentales.

Boris Johnson y David Cameron, los políticos conservadores que abanderaron las posiciones enfrentadas en el debate del Brexit —a favor el primero y en contra el segundo—, estudiaron en Eton. En el caso de Cameron, también habían estudiado allí su padre, sus abuelos y uno de sus bisabuelos. La presencia de los chicos de Eton en la política británica ha sido una constante y solo en un Gobierno, el del laborista Gordon Brown, no hubo ni un solo *Etonian* en el gabinete de ministros.³ Además de políticos, también han pasado por aquí distinguidísimas personalidades de las artes y las letras inglesas. Lo hicieron los príncipes Guillermo y Enrique, así como el mismísimo obispo de Canterbury o el célebre economista John Maynard Keynes. Ian Fleming, autor de las novelas de espías de James Bond, y el actor Dominic West, que interpretó al carismático detective Jimmy McNulty en *The Wire*, estudiaron en Eton. Tam-

bién lo hizo George Orwell, quien sabía bien de lo que hablaba cuando escribió: «Probablemente la batalla de Waterloo se ganó en los campos de juego de Eton. Pero las siguientes batallas y subsecuentes guerras se han perdido aquí. Uno de los hechos dominantes de la vida inglesa durante los últimos tres cuartos de siglo ha sido la decadencia de las habilidades de la clase gobernante». ⁴ Se preocupó Orwell por dejar por escrito otra apreciación demoledora: «Inglaterra es una familia con los miembros equivocados al frente de las decisiones. Casi por entero estamos gobernados por los ricos y por gente que accede a puestos de poder por derechos adquiridos al nacer [...]. Algunos de ellos ni siquiera son tontos, pero como clase son incapaces de conducirnos a la victoria. No serían capaces, aunque sus intereses materiales no se interpusieran constantemente». ⁵ Y otra: «Es demasiado evidente que hablar de “defender la democracia” no tiene sentido mientras sea un mero accidente en el nacimiento el que decida si un chico con talento deba o no recibir la educación que merece». ⁶

Si los años de Cameron, de Boris o de Sunak, del regreso de las élites de Eton y de otras escuelas privadas, han sido solo un accidente o si han vuelto para quedarse, el tiempo lo dirá. Lo cierto es que muchos británicos se frotan los ojos porque les cuesta creer que un sistema tan anticuado y dominado por círculos de poder y privilegio tan pequeños siga vigente y que haya acabado por infligir un daño tan profundo al país. No solo porque hace que no sean necesariamente los mejores los que llegan arriba, sino sobre todo porque ha contribuido a que la desafección política alcance niveles muy preocupantes.

Buena parte de la población lleva años sintiéndose alienada y muy alejada de las preocupaciones y las vidas de quienes los gobiernan, sobre todo cuando han crecido y se han educado en este tipo de burbujas. Esa desafección importa y mucho, porque ha alimentado pataletas monumentales como el Brexit. He escuchado a demasiadas personas durante estos años por todo el país maldecir esos lugares en los que se inculca la excelencia, pero que a la vez representan la exclusión y una vía rápida para los elegidos.

Los números asociados a Eton son superlativos. Estudiar en el internado cuesta unos 45.000 euros al año —una cifra por encima del salario mínimo—, a no ser que el alumno sea agraciado con algún tipo de beca. El 10% de los alumnos proceden ahora del extranjero y son hijos de grandes fortunas globales. Cada año, 1.300 alumnos de entre 13 y 18 años pasan por allí. Hay, además, 2.000 personas trabajando para ellos, incluidos los profesores, que se reparten por un centenar de aulas. Cada alumno tiene un tutor.

Entrar en Eton equivale a acceder a un universo con unas reglas, un vocabulario y unos códigos únicos, lo que hace que los alumnos se sientan precisamente así, distintos y de paso, mejores que el resto de los humanos. Son una suerte de códigos secretos que más adelante les abrirán muchas puertas, porque los alumnos se manejan con términos que han ido pasando de generación en generación y que rigen su vida diaria, pero que son desconocidos para el resto de la población. Los trimestres se llaman *halfs*, a pesar de que hay tres. *Abacadabra* son los horarios de las clases, muy complicados, porque las asig-

naturas están hiperindividualizadas y adaptadas a los deseos de cada alumno. Los *F blockers* son los chicos de trece años, mientras que los *B blockers* son los mayores. *Divs* son las clases. Los que reman son los *wet bobs*, los que juegan al críquet los *dry bobs*, y los que no practican ninguno de los dos anteriores son los *slog slack bobs*.

El deporte es muy importante en Eton, y las instalaciones son espectaculares. Hay un campo de golf, pistas de tenis, un puñado de campos de fútbol y un lago para remar que fue utilizado para los Juegos Olímpicos de 2012. Alumnos de Eton llegaron incluso a ganar dos veces la Football Association Cup (FA Cup) del fútbol inglés, en 1874 y 1884. Hay, además, un par de juegos que se han inventado en esta escuela y que solo se juegan aquí. El primero de ellos es el *five*, que hace alusión a los dedos de la mano, que se juega en un frontón y es parecido a la pelota vasca. Lo inventaron los chicos que jugaban lanzando la pelota contra los muros de la iglesia de Eton. El segundo, más conocido, es el *wall game*, una particular mezcla entre fútbol, algo de rugby y una especie de boxeo. Saber jugar a uno de estos deportes implica formar parte del club de los elegidos.

Los colores son también parte de los códigos del lugar. El que lleva el chaleco gris es el capitán de la casa en la que viven los alumnos. Quien lleva botones plateados es que ha logrado alguna distinción. Eso es así porque dentro de la casta de Eton hay también clases. No es lo mismo pertenecer al selecto grupo de los King's Scholars que ser un alumno más. Ser un *popper* indica la pertenencia a un *pop*, una suerte de club privado, al que solo acceden los más *cool* o los que son buenos en algo como

por ejemplo los deportes. Equivale a pertenecer a una élite dentro de la élite. Los *poppers* gozan de una serie de privilegios, entre otros el de poder llevar el chaleco del color que les dé la gana, para que quede claro a los ojos de todos que son de otra casta. Para poder pertenecer a las sociedades hay que ser seleccionado por el B block. Hay entre veinte y treinta *poppers* en todo Eton. Boris Johnson, por ejemplo fue un *popper*, pero Cameron no. Guillermo de Inglaterra, príncipe de Gales, fue elegido miembro de esa sociedad, pero su hermano, el príncipe Enrique, no.

Todas esas reglas que podrían parecer absurdas e infantiles importan, y mucho. No solo las normas en sí, sino más bien lo que significan. Porque los privilegiados que estudian en Eton son conscientes desde bien jóvenes de que hay un sistema paralelo de reglas que se les aplica, distinto al que rige para el resto de los mortales. Esto resulta clave para entender lo que los británicos llaman el «entitlement»; ese sentirse con derechos adquiridos desde la cuna y que frecuentemente aboca a la élite gobernante a cometer excesos como los que hemos visto en los últimos años.

Ningún político, ninguno, personifica tan bien ese espíritu de colegio privado como Boris Johnson. Ha sido y es probablemente el máximo representante de ese sentimiento de *entitlement* entre la clase política. El escándalo del Partygate que protagonizó al final de su mandato es un ejemplo claro de esa mentalidad. Mientras la pandemia del coronavirus arreciaba y su Gobierno dictaba reglas que impedían a la población juntarse e incluso despedirse de quienes iban a morir, el primer minis-

tro y su equipo se dedicaron a celebrar fiesta tras fiesta en pleno confinamiento. Eran jolgorios bien regados con alcohol, que llegaba al número 10 de Downing Street transportado en maletas con ruedas desde un supermercado próximo a Trafalgar Square. Compraron incluso un frigorífico para vino en el que mantenían frescos el *prosecco* y la cerveza. La indignación de la población al trascender los festejos fue mayúscula, pero Johnson y los suyos parecieron no acabar de comprender la magnitud del escándalo. No eran capaces de registrarlo, porque ese convencimiento de que a ellos no se les aplican las mismas leyes que al resto de los mortales los nubló. Siempre antes les había funcionado y su radar político no los alertó de que algo andaba mal; simplemente, se sentían por encima de la ley.

Otro ejemplo de *entitlement* muy sonado fue años antes el escándalo de los gastos de los parlamentarios que estalló en 2009 y que descubrió que las desorbitadas facturas que diputados habían pasado como dietas respondían a conceptos tan exóticos como exclusivos. Douglas Hogg, el exministro de Agricultura, por ejemplo, se hizo reembolsar 3.500 euros que había dedicado para limpiar el foso que rodea su mansión, además de los 26.000 euros con los que pagó a la persona que cuidaba su casa y que realizó unos trabajos en los establos. Hogg había estudiado en Eton y había sido presidente de la Oxford Union. Otro parlamentario, Michael Spicer, emitió facturas por valor de 10.000 euros, dedicados a cortar el seto de su jardín y el de alrededor de su helipuerto a costa también del contribuyente. Por mucho que la jardinería sea la religión oficiosa de los ingleses, semejante exceso no

coló. El conservador Peter Viggers tampoco fue capaz de contener su amor por la naturaleza y pasó como gastos una caseta que construyó en su estanque para albergar a los patos. Viggers dimitió y reconoció que había sido «un grave error de juicio», y que además a los patos nunca les interesó la caseta y no la utilizaron. Quien no conozca el contexto británico podría pensar que se trató de burda corrupción, pero esos gastos ilustraban algo de mayor enjundia. Esos políticos se creían con derecho a eso y a mucho más.

En Eton, los alumnos reciben una formación académica, espiritual y deportiva exclusiva, pero sobre todo pasan a formar parte de un club selecto de por vida. Una vez que un alumno se va de Eton, se convierte en un *old Etonian*, algo así como un viejo etoniano. La asociación de antiguos alumnos se fundó en 1897 y cuenta con 16.000 miembros repartidos por distintos países. Pasan a habitar el mundo de los que siempre caen de pie, de los que son conscientes de que por muy bajo que caigan siempre habrá una red que los impedirá precipitarse al vacío. Esa arrogancia etoniana que el inglés medio reconoce a la legua es el mundo de Cameron, el primer ministro que convocó un referéndum sobre la pertenencia a la Unión Europea, porque, al fin y al cabo, ¿qué podía salir mal? El mismo que en el invierno de 2023 fue repescado por la red de amigos y nombrado nada menos que ministro de Exteriores. Dio igual el fracaso estrepitoso del Brexit, el daño profundo que causaron sus políticas de austeridad o los casos de corrupción en los que se vio envuelto el tiempo que estuvo alejado de la política. Cameron volvió al redil en el que la meritocracia parece ser casi lo de menos.

En el museo de la vida diaria del internado se pueden ver algunos de los uniformes del pasado y hay un panel que explica que «el debate público es una gran parte de la educación de Eton». La Sociedad de Debate, vigente desde 1855, es central en la institución. Un repaso histórico ofrece algunas perlas como el debate mantenido en 1922 acerca de si las clases debían empezar a las siete y media o a las ocho. En aquella ocasión, según consta en el diario de sesiones, uno de los argumentos en contra de empezar a las ocho fue que «el respeto que la población [británica] profesa hacia las clases tiene que ver en buena medida con el hecho de que no se han dejado estropear como los aristócratas extranjeros por el lujo y la pereza». Las siete y media ganó por seis votos contra cuatro. Otros debates de mayor calado versaron en torno a las consecuencias de que Alemania abandonara la Sociedad de Naciones en 1933 o si debía devolver las colonias.⁷ En 2015, en Eton se construyó el Jafar Hall inspirado en el antiguo teatro griego de Priene, precisamente para debatir, con el friolero coste de 18,2 millones de libras (21 millones de euros). Como veremos más adelante, la oratoria, la capacidad para argumentar y exponer ideas con gracia y convicción, es un elemento central de la educación británica y en especial de las instituciones de élite. Ese entrenamiento para hacer llegar su mensaje y saber venderse al margen de sus ideas o principios concede a cualquier alumno que pase por estas escuelas una enorme ventaja en la vida.

Todo resulta singular en Eton, pero uno de los asuntos que más me chocó fue la ausencia de mujeres. Es un mundo eminentemente masculino, donde desde una

edad bien temprana los chicos aprenden que el poder está reservado sobre todo para ellos. El 30% de los profesores son mujeres, como también lo son quienes preparan la comida y les sirven. Ese es el único contacto diario que tienen con ellas. El problema no es solo que ese sea el único tipo de interacciones, sino más bien las que dejan de tener. Los jóvenes dejan de relacionarse con mujeres y con gente corriente en años cruciales para la formación de su personalidad. Un antiguo alumno me dijo un día que esos son ambientes «intrínsecamente misóginos» y que las mujeres de hombres educados en Eton, incluida la suya, están obligadas a reeducar a sus parejas años más tarde. Cuando le pregunté a la guía que nos paseó un día de primavera por el internado si tenían pensado convertir Eton en un centro mixto, también para chicas, como ha sucedido en otros internados, me respondió rotundamente que no.

Pero incluso en Eton, donde el peso de la tradición parece aplastarlo todo, se han producido movimientos en los últimos años que apuntan hacia una cierta modernización, a un esfuerzo por adaptarse a una sociedad que cambia a enorme velocidad. Ahora tienen una agrupación feminista y ni los alumnos ni el profesorado viven al margen de las guerras culturales que todo lo permean últimamente. Black Lives Matter o la revisión del pasado imperial son asuntos que también traspasan esta burbuja y que han generado considerables tensiones con el actual director, Simon Henderson, al que el sector más conservador acusa de defender posicionamientos *woke*, es decir, progresistas según el término peyorativo que emplean los conservadores. Porque las novedades en Eton,

por mínimas que parezcan, a menudo vienen acompañadas de una feroz resistencia al cambio y el eterno deseo de preservación del *statu quo*. Quedó claro en una singular protesta que llevó a los chicos empingüinados a agolparse frente al edificio principal del internado en lo que se conoce como un *leggit*, la forma de protesta propia y única de Eton. Protestaban ante los intentos de la dirección de suprimir como actividad deportiva el centenario Club de Sabuesos, donde se practica la caza de liebres y que data de 1858. Eton es uno de los tres colegios privados ingleses, junto con Radley y Stowe, que disponen de una jauría de diez o más sabuesos.⁸

El día que hablé con Matthew Dick, el chico que conocí en la Oxford Union y que había estudiado en Eton, me dijo que, para él, el internado había sido una experiencia fantástica. Él cree que Eton se está volviendo más multicultural y diverso en parte gracias a las becas y a que la escuela promociona la excelencia académica al margen del origen del alumno. Me explicó cuál es a su juicio el espíritu de la escuela: «Es un lugar donde lo que se fomenta es tu capacidad como individuo. Puedes dedicarte al teatro o ser deportista. No se trata solo de la cuestión académica, se trata de crear a gente que crea en sí misma. Te aporta esa confianza, que a veces puede convertirse en arrogancia, pero yo no creo que sea tanto una cuestión de Eton como una cuestión de clase». Dick ya era miembro de la Sociedad de Debate en Eton; por eso, cuando llegó a Oxford, en el primer debate al que asistió como público levantó la mano y empezó a hablar. «Claro que mi educación es una ventaja. Soy muy consciente de lo privilegiado que soy.»